

EDITORIAL



Francisco Javier Caballero, CSsR
director@revistaicono.org

Nuestra historia encarnada en Dios

El virus no solo ha demostrado que somos frágiles. También ha minado la confianza y la capacidad para soñar juntos. Ha atentado duramente frente a toda solidaridad o capacidad para apostar por el bien común y la paz. Si pensamos en lo que vivíamos hace un año, descubrimos que aunque sanitariamente estemos mejor, es mucha la debilidad que ha crecido, las personas que se han quedado por el camino y la fragmentación social en la que peligrosamente nos acostumbramos a vivir.

Sin embargo, todo forma parte de esta historia de salvación que Dios «escribe» con nosotros. No es el tiempo de rompemos la cabeza descifrando cómo deberían ser las cosas, sino de preguntarnos qué quiere decirnos el Espíritu con lo que estamos viviendo. ¿Por dónde quiere que sea nuestro caminar como humanos y personas de fe? Ahí es donde podemos hacer un ejercicio de confianza y compromiso para integrar los signos positivos y aquellos otros más ambiguos que estamos viviendo. ¿Cómo podemos extraer una enseñanza que nos ayude a crecer a partir de todo lo vivido?

Con frecuencia a los cristianos nos gusta servirnos del efecto sorpresa para hablar de la pedagogía de Dios. Sin embargo suele ser una sorpresa teórica que controlamos, que nosotros mismos hemos creado. Lo ver-

daderamente difícil es confiar en la sorpresa de Dios en la vida. En esa insegura confianza que nos invita a sostenernos únicamente en la fragilidad de la fe cuando todo lo que esperábamos se rompe. Cuando nos sentimos cuestionados o nos invade la pérdida irreparable. En esas situaciones límite es donde nuestra fe se cuestiona y sabemos, de verdad, si creemos. Es la diferencia entre decir cosas sobre Dios, o dar testimonio de cómo «circula por nuestras venas».

En esas situaciones límite es donde nuestra fe se cuestiona y sabemos, de verdad, si creemos

Este tiempo es para el testimonio y para la verdad. Ha perdido fuerza la estética para abrirse paso, con fuerza, la ética del silencio y la verdad donde se encuentran las verdades que decimos creer con las actitudes que, sin retórica, las muestran claramente. Es el tiempo de la simplificación y del acercamiento de la vida y sus valores a la gran Pasión de quien fue la encarnación del amor.

La pasión, muerte y resurrección de Jesús no es un recurso para hablar sobre Dios; es el camino para vivir nuestra historia encarnada en Dios. El sentido de nuestra pasión y dolor; de

tanta muerte y soledad, lo descubrimos en una llamada reudentora a dejarnos resucitar y comenzar la vida confiada, de otro modo. Por supuesto, sin seguridad, sin arrogancia ni soberbia, una vida asentada en la confianza de quien es Vida que adquiere sentido cuando nos regalamos, sin hacer ruido, a quien en el camino descubrimos necesita nuestra ayuda. Es el camino de la resurrección de quienes sabemos que la vida en fe no va por un camino distinto a nuestra vida familiar, laboral o de descanso, porque en todo somos uno con Quien un día nos mostró la capacidad para entender que todo lo que vivimos, también la incertidumbre de una pandemia, no pasa desapercibido en el corazón de Dios.

Una luz

La portada de este mes de abril es una cruz desdibujada, casi imperceptible porque se ha transformado en experiencia de luz. La resurrección ilumina la pasión y muerte, ilumina la vida de todos, da confianza y nos hace acoger la vida como una experiencia luminosa de paz y de Dios. De un Dios que nos ama.